

EL PODER TRANSFORMADOR DE LA EDUCACIÓN

El pasado 16 de octubre, muchos de nosotros celebramos un nuevo año de ser profesores. Sin duda, todos los que estamos hoy, de alguna u otra forma, nos sentimos agasajados ese día con un saludo honesto, un agradecimiento o un sencillo obsequio. Para algunos, el llamado a la vocación docente nos llegó a los 17 o 18 años, pero para otros llegó más tardíamente y tomaron la decisión de trabajar en Educación Superior desde otros saberes, otras experiencias disciplinares, pero siempre con la convicción de que formar y educar estaba en su proyecto profesional, para transformar y mejorar la vida de otros desde una perspectiva valórica, ética, cultural y cognoscitiva.

La concepción de transformación no es inherente solo a los seres humanos, en la naturaleza hay experiencias significativas de ello. Un ejemplo que cito a continuación, de la obra Leandro Mateos *El milagro biológico de las mariposas*, me parece una metáfora perfecta acerca del poder transformador de la Educación:

“En la naturaleza existe un proceso tan mágico como cotidiano que lleva a una oruga a transformarse en mariposa. Para ello, ese pequeño insecto sorteará todo tipo de peligros con un solo objetivo: el de sobrevivir hasta el momento de su gran cambio vital. Entonces, escogerá un lugar para construirse un resistente refugio de seda y dará comienzo a un proceso extraordinario, pero también traumático: primero, tendrá que descomponerse por completo, de su antiguo exoesqueleto solo quedarán intactos su corazón y su cerebro. A partir de ellos, reconstruirá con esfuerzo una nueva estructura más resistente: unas largas extremidades que antes no poseía, unos nuevos ojos que le permitirán ver lo que antes no era capaz y unas alas poderosas que le darán un nuevo poder: el de volar.

En esta primera fase, la oruga podría poseer ya los colores de la mariposa en la que se convertirá más tarde, pero nada hace sospechar aún su forma final. De momento sólo será capaz de arrastrarse lentamente, haciéndola más vulnerable a los depredadores. Por eso se ve obligada a crecer lo más rápido posible. En muy poco tiempo adquirirá una longitud veinte veces mayor. Para protegerse, unas veces asumirá un aspecto amenazador; otras, intentará hacerse invisible, confundiéndose con el entorno para pasar desapercibida hasta encontrar un lugar seguro para realizar su metamorfosis”.

A partir del relato, podemos preguntarnos cuáles fueron aquellas alegorías que nos hicieron sentido y así repensar y redirigir las acciones de todos nosotros para la Universidad del Centenario.

Para mí, un primer aspecto fue el “*refugio de seda*” y con esto no solo quisiera apuntar a nuestra Universidad, donde nuestros estudiantes y nosotros mismos viviremos innumerables transformaciones, sino también a todos aquellos establecimientos educativos que acogen a niños, niñas, jóvenes y adultos.

Según un informe de UNESCO 2020, los índices de escolarización inicial, primaria, secundaria y terciaria podría experimentar los mayores índices de abandono. Es por esto que hoy, más que nunca, se deben generar espacios y climas inclusivos que vayan más allá de los discursos. Las experiencias y dinámicas internas de los sistemas educativos (gestión, docencia, investigación, VcM, relaciones entre pares, etc.) deben visibilizar prácticas y acciones que permitan superar estos obstáculos y fortalecer la calidad educativa, desde un compromiso moral, atendiendo a uno de los principales pilares de la educación, pero también desde lo social, mejorando las condiciones de vida. También se debe trabajar desde el bienestar mental, instalando una ética del cuidado y la confianza y potenciando la resiliencia psicológica de todos los actores que conforman una comunidad educativa.

Un segundo aspecto de esta metamorfosis, es que las únicas dos cosas que no se destruyen para dar paso al nuevo ser son: el corazón y el cerebro y esto no es casual, pues nuestro corazón se comunica con el cerebro. Lo sabían nuestros ancestros y ahora la neurociencias también lo confirman.

Este hallazgo tiene múltiples implicaciones que son relevantes para nuestra salud física y mental, y para nuestro rendimiento cognitivo y emocional. Hay un cerebro racional que es ecuánime y lógico, funciona de manera sistemática y ordenada, conoce el lenguaje y permite la comunicación verbal. Cuando le llega un nuevo conocimiento o una nueva información la examina y la ubica en su sistema conceptual. Pero también existe un cerebro emocional que es totalmente irracional, impulsivo y espontáneo. Si algo lo amenaza o perturba, reacciona sin analizar ni tener en cuenta los matices u otras sutilezas de la situación.

Cuánto más dominemos sobre cómo funciona nuestro cerebro, más posibilidades tendremos de poder usarlo a favor del desarrollo de una comunidad que aprende. Como académicos y profesores no podemos eludir la responsabilidad de ofrecer a nuestros estudiantes experiencias formativas que puedan convertirlos en lo que ya son en potencia: una obra de arte.

La Universidad, para aquellos que tienen esta posibilidad, es el lugar donde el cerebro continúa formándose y transformándose de modo clave y determinante. Es acá donde los estudiantes construyen, de modo casi definitivo los planes de su vida futura, tanto profesional como personal y somos los profesores el eje central de esta transformación. Para algunos discentes, el paso por la Universidad solo fue la obtención de un título y grado. En cambio para otros, la Universidad ha significado

una experiencia extraordinaria, que ha dejado una impronta y una fuerza nueva en ellos.

Estas dicotómicas experiencias, muchas veces están determinadas por los profesores, específicamente por aquellos que la literatura especializada denomina profesores de excelencia, pues poseen algunos patrones de comportamiento que inciden positivamente en los futuros profesionales: i) poseen una comprensión intuitiva del aprendizaje humano, identificando a priori lo interesante del tema que enseñarán; ii) conocen e investigan en profundidad la materia que enseñan y están al día en esos conocimientos; iii) son personas que leen y comunican a sus estudiantes, materias de campos muy distintos al suyo y los hacen reflexionar al respecto; iv) tratan de involucrar emocionalmente a los estudiantes durante la clase, no desde la compasión sino desde el desafío de aprender algo nuevo y complejo; v) promueven y movilizan la innovación para darle sentido al aprendizaje y al impacto de este en el entorno.

Estos profesores son clave en los cambios que anhelamos propugnar para la universidad del centenario, pues la educación es ese gozne que abre la ventana al mundo.

Estas transformaciones son una oportunidad de dar forma a un mundo más justo para las personas que viven hoy y las que lo harán en el futuro. El informe de Desarrollo Humano 2022 del PNUD asigna esta responsabilidad a los sistemas políticos, económicos, sociales y culturales para que las nuevas incertidumbres sean una oportunidad y no una amenaza.

En este contexto el rol de la Educación es preponderante no solo en el qué aprender sino también el cómo y con quién. El cómo se relaciona con las prácticas docentes que tienen un impacto en las creencias y visiones del mundo de los estudiantes. Además, la investigación arroja luz sobre cómo los diferentes estilos de enseñanza tienen impactos divergentes en los valores de los estudiantes. Alumnos con prácticas de enseñanza horizontales basadas en metodologías de proyectos son más propensos a participar en la vida cívica, creer en la cooperación con los demás y tolerar ideas diferentes. Asimismo, compartir con estudiantes de diversos orígenes contribuye a cambios de normas, especialmente la tolerancia a las diferencias y diversidad. Por lo tanto, las interacciones personales regulares posibilitadas por la inclusión y una política de diversidad desestigmatiza las diversas relaciones entre las personas.

Del mismo modo, los esfuerzos para prevenir la violencia como medio de expresión nunca serán demasiados, pues hay que educar en una pedagogía de y para la paz, creando espacios seguros de pertenencia y cuidado para todos los jóvenes y también para sus familias.

Todos estos desafíos y tareas son parte de la misión, visión y plan de desarrollo de nuestra Escuela de Pedagogía, sobre todo hoy, que nos hemos transformado en unidad académica compleja de más 1200 estudiantes de pre y posgrado y 2500 estudiantes del Componente Pedagógico. Cada uno de nosotros, desde los roles y responsabilidades asumidas, desde las experiencias, capacidades disciplinares, creativas y de cooperación, tenemos la convicción y fuerza para contribuir al desarrollo integral de las personas a lo largo de todo su ciclo vital, disminuir las barreras y alcanzar mayor justicia social.

Sabemos que la Educación es una poderosa herramienta para inculcar el razonamiento y pensamiento crítico, abriendo posibilidades para nuevos valores y actitudes en las generaciones más jóvenes, tanto al interior de nuestra casa de estudios como de la sociedad, en particular para nuestro entorno más cercano que es la región de Valparaíso.

Muchas gracias.